

Los retos en los procesos de radicalización: una lectura situada y comparada

Moussa Bourekba

Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB)

En esta ponencia, nos centraremos en lo que podemos llamar las “ilusiones ópticas de la radicalización”. Dos reflexiones, una más personal y la otra más profesional, justifican esta elección.

A nivel personal, desde los atentados contra Charlie Hebdo (enero 2015), he notado un fenómeno curioso y recurrente en varios de los encuentros, congresos y seminarios sobre la radicalización yihadista: cuando dichos eventos –en los que he podido participar– tenían lugar en Europa, la pregunta central era “¿Por qué los jóvenes inmigrantes/hijos de inmigrantes/marroquíes/musulmanes/ inmigrantes de segunda o tercera o cuarta generación se radicalizan?”. En cambio, en los eventos organizados en el otro lado del Mediterráneo, en Marruecos, Túnez o Líbano, por ejemplo, los participantes solían preguntarme “¿Por qué miles de europeos dejaron Europa, un continente próspero, para llenar las filas de Estado Islámico?” Estas preguntas me llevaron a entender que, en muchos casos, se consideraba a los yihadistas europeos como extranjeros en Europa (“musulmán”, “inmigrante”, “hijo de inmigrante”, etc.) mientras que se les veía como europeos fuera de Europa.

Esta paradoja, por muy divertida que pueda parecer, es ante todo preocupante por una sencilla razón: cuando un decisor político necesita

implementar una política pública, primero tiene que definir el problema que quiere abordar. Se trata de establecer un diagnóstico de la situación, o por lo menos de definir el “problema” (*policy problem*), para luego diseñar las posibles soluciones a dicho problema. En el caso de la radicalización de índole yihadista tenemos varios problemas. En primer lugar, no estamos ante un fenómeno causal sino un proceso multidimensional. La radicalización no es un fenómeno provocado por la pobreza, ni debido a debilidades psíquicas como algunos suponen, sino el fruto de un proceso dinámico, marcado por elementos relacionados con la trayectoria de los individuos que la viven, con su entorno cercano, así como tendencias globales. Dicho de otra forma, es un proceso multidimensional en el que intervienen factores de varios niveles (individual, relacionado con entorno, relacionado con la sociedad o el mundo). En segundo lugar, nos faltan datos: datos que permitan caracterizar el proceso de radicalización, que permitan cuantificar este fenómeno o establecer algunas características propias a los individuos radicalizados. Si bien es cierto que varios servicios de inteligencia, cuerpos policiales y centros de investigación están elaborando bases de datos nacionales, regionales o locales, aún no existen datos que permitan afirmar con certidumbre que

tal factor en tal contexto juega un papel clave en el proceso de radicalización. Finalmente, como consecuencia de los dos puntos anteriores, ni existe una “caja de herramientas” que permita prevenir la radicalización. En este contexto, ante un proceso complejo y fundamentalmente individual, y ante la falta de datos, existe la tentación de abordar un problema en base a la idea que uno se hace de dicho problema. Esta tentación ha sido y sigue siendo realidad en varios países que tuvieron que tratar el fenómeno de la radicalización yihadista. La creación de los llamados “indicadores de radicalización”, en Francia, Reino Unido, Alemania pero también en Cataluña, es una de sus múltiples ilustraciones (Bourekba, 2019)²⁴. En la mayoría de los casos, los indicadores se basaban en la apariencia física o el grado de práctica religiosa, sin que ningún tipo de evidencia empírica sostuviera que existe un vínculo entre estos dos aspectos y el proceso de radicalización.

En este contexto, me inspiraré de un artículo que me publicaron hace unos meses, para hablaros de lo que he llamado las “tres ilusiones ópticas” que se esconden detrás del proceso de radicalización (Bourekba, 2019)²⁵. La primera es la ilusión de un fenómeno común, ilusión según la cual el fenómeno de radicalización es idéntico independientemente del lugar donde se produce. La segunda es la “ilusión orientalista”, que consiste en una sobrevaloración de la dimensión religiosa en el proceso de radicalización. La tercera es la ilusión “retrospectiva”, un concepto desarrollado por la socióloga Caroline Guibet Lafaye, y que consiste en confundir correlaciones con causalidades.

Un apunte antes de empezar con las tres ilusiones: usaré la definición de la “radicalización” elaborada por Farhad Khosrokhavar. El sociólogo franco-iraní define la radicalización violenta como la articulación entre la adopción de una ideología

radical y la implacable voluntad de plasmar dicha ideología. Es muy importante subrayarlo, ya que dicha definición incluye dos componentes: ideológico y conductual.

Respecto a la ilusión de un fenómeno común, es algo que he observado con el auge de la organización Estado Islámico (EI). A finales de 2015, se consideraba que EI había atraído a más de 40.000 personas procedentes de más de 100 países; de los cuales unos 5.000 eran europeos. A la hora de buscar explicaciones a este fenómeno, se aceptaba que era ante todo un fenómeno común desde Barcelona hasta Rabat, pasando por Túnez. La radicalización yihadista era ante todo un fenómeno afectando principalmente a los jóvenes árabes. La mitad de los combatientes extranjeros (*foreign fighters*) que se juntaron al EI procedían de países árabes. En este contexto, muchos trataron de entender el proceso de radicalización afectando a jóvenes europeos de origen árabe en base a lo que se observaba en países árabes. Por ejemplo, después de los atentados de Barcelona y Cambrils (17 y 18 de Agosto 2017), mucho se escribió sobre la “exportación de yihadistas” por parte de Marruecos o sobre la propensión de los “marroquíes” a radicalizarse. Sin embargo, gran parte de los autores del 17A han sido criados en España. En este contexto, ¿en qué medida es relevante centrarse en el país de origen de los individuos radicalizados cuando el proceso de radicalización que experimentaron tuvo lugar en su país de residencia? Así, podemos llamar la ilusión de un fenómeno común la tendencia a analizar las causas de la radicalización de determinados individuos en base a su país de origen y no el país en el que han vivido dicho proceso de radicalización. Ahora bien, si seguimos este razonamiento nos damos cuenta de que existen diferencias notables entre yihadistas europeos “de origen árabe” y yihadistas árabes. Los primeros suelen proceder de zonas marginadas, de familias con pocos recursos, tienen un nivel de educación generalmente inferior a la media y suelen haber tenido algunos problemas con la justicia (Rajan Basra y Peter Neumann, 2016)²⁶. En cambio, los

24 Bourekba, M. (2019), Prevenir la radicalización violenta en Francia: ¿de una “sociedad de vigilancia” a una “sociedad de sospecha”? Opinión n°600, Barcelona Centre for International Affairs. Disponible en: https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion_cidob/seguridad_y_politica_mundial/prevenir_la_radicalizacion_violenta_en_francia_de_una_sociedad_de_vigilancia_a_una_sociedad_de_sospecha

25 Bourekba, M. (2019). *Las ilusiones ópticas de la radicalización. De los patrones a los detalles*. Anuario Internacional del Terrorismo 2019, Observatorio Internacional de Estudios sobre el Terrorismo.

26 Basra, R., & Neumann, P. (2016). Criminal Pasts, Terrorist Futures: European Jihadists and the New Crime-Terror Nexus. *Perspectives on Terrorism*, 10(6), 25-40.

yihadistas árabes no siempre proceden de clases populares, tienen un nivel de educación superior a la media y no se observa un nexo entre terrorismo y delincuencia tan obvio como en Europa (Gambetta y Hertog, 2016)²⁷.

En conclusión, hay que reconocer los límites del concepto de radicalización: usamos un mismo concepto para describir realidades muy distintas. En segundo lugar, no se pueden entender los patrones de radicalización de individuos criados en Europa en base a características propias a su país de procedencia. Esto implica analizar el proceso de radicalización usando sistemáticamente tres niveles de análisis: macro (sociedad), meso (entorno) y micro (individuo).

La segunda ilusión óptica está vinculada con la dimensión religiosa de la radicalización. Esta ilusión se debe a un razonamiento que consiste en pensar lo siguiente: “dado que todos los islamistas se consideran como musulmanes, el islam *como tal* constituye un factor o un caldo cultivo de la radicalización”. Sin embargo, esta observación no tiene base empírica: en varios países europeos como Alemania, Bélgica, Francia o Reino Unido, los servicios de inteligencia destacaban el muy bajo nivel de conocimiento religioso de los llamados combatientes extranjeros que fueron a Siria e Irak entre 2012 y 2015. En 2015, asistimos a una querrela académica de envergadura entre Gilles Kepel y Olivier Roy respecto al papel de la religión. El primero sostiene que la radicalización yihadista es la señal de la radicalización creciente de las poblaciones musulmanas en Europa, y argumenta que el salafismo –una corriente religiosa rigorista pero no necesariamente violenta– está en expansión en el Viejo continente y que éste constituye la antesala al salafismo yihadista (Kepel, 2015). Olivier Roy, mientras reconoce que el salafismo no violento (o pietista) llega a atraer a determinados colectivos musulmanes en Europa, distingue este fenómeno de la radicalización yihadista. En su opinión, la radicalización yihadista es ante todo una radicalización violenta protagonizada por jóvenes inmigrantes de segunda generación. Habla de “revuelta generacional”, y de

individuos que buscan ante todo acceder a la violencia. Según Roy (2015), el éxito del yihadismo yace en que es la ideología más antisistema a nivel global. En otras palabras, Kepel considera el salafismo –i.e. la práctica rigorista del islam– como la *causa* de la radicalización cuando Roy considera que sólo es el *pretexto* para acceder a la violencia.

Aquí lo interesante es que ninguno de los dos precisa qué entiende por “islam”: ¿el islam hace referencia a una fe, una identidad, una ideología o a un marcador identitario? Por otra parte, este debate es interesante porque esconde otro que es primordial al respecto: el debate sobre la relación entre creencias y acción. En los estudios sobre la radicalización, se da por válida la idea de que la adopción de una ideología radical lleva *necesariamente* a la adopción de un comportamiento radical. Varios modelos de radicalización (por ejemplo, los de Randy Borum, de NYPD o de Fathali M. Moghaddam) asumen esta premisa. Sin embargo, ninguna evidencia científica sostiene que existe una relación directa entre el componente ideológico y el componente conductual. De hecho, en un famoso estudio Clark McCauley y Sophia Moskalenko (2017)²⁸ concluyeron que “el 99% de los individuos que tienen opiniones radicales no tienen una conducta violenta, mientras que muchos de los que participan en acciones radicales no tienen necesariamente una ideología radical”. Esto los llevó a disociar radicalización cognitiva y radicalización violenta, y a crear un modelo de dos pirámides, una relacionada con las ideas y la otra con el comportamiento, para entender el proceso de radicalización. A pesar de ello, varios dispositivos y determinados programas de detección de la radicalización usaron y siguen usando herramientas basadas en la idea de un *continuum* entre ideas radicales y comportamiento violento. Uno de los ejemplos más evidentes es, el uso de los llamados “indicadores de radicalización”.

Por consiguiente, la *ilusión orientalista* es la tendencia en querer tratar el fenómeno de la radicalización a partir de la ideología yihadista y, por extensión, de las creencias religiosas. La pa-

27 Gambetta, D. Hertog, S. (2016). *Engineers of jihad. The Curious Connection between Education and Extremism*. Princeton: Princeton University Press 2016.

28 McCauley, C. and Moskalenko, S. (2017). Understanding political radicalization: The two-pyramids model. *American Psychologist*, 72, pp.205-216.

noplia de políticas de “desradicalización” desarrolladas en Europa y centradas en la promoción de un *buen islam* o *islam moderado* lo evidencian: hay una tendencia en pensar que el yihadista es ante todo un musulmán que entendió mal su religión o que la consume con cierto exceso.

La tercera y última ilusión óptica es la llamada “ilusión retrospectiva”. Tiene que ver con la reconstrucción *a posteriori* del proceso de radicalización de un individuo quien cometió un acto violento. Al investigar su trayectoria, vamos recopilar determinadas características: familia monoparental, problemas en la escuela, marginación, etc.. En cuánto más recurrentes son las características que detectamos –por ejemplo, el origen social, geográfico y étnico–, más se tiende a considerar que esas características son las *causas* de la radicalización. Sin embargo, como subrayamos anteriormente, la radicalización es un proceso; una combinación de elementos multidimensionales que desencadenan una dinámica. Por tanto, no podemos determinar que tal elemento *causa* la radicalización. La ilusión retrospectiva consiste pues en confundir las *correlaciones* con las *causas*. Por ejemplo, Arun Kundani (2009)²⁹ demostró que el programa PREVENT en Reino Unido tenía un presupuesto basado en la tasa de musulmanes por región y no en base al nivel de amenaza por región en todo el país.

Esta ilusión nos hace caer en una paradoja como sociedad: para prevenir la radicalización violenta, queremos crear y fomentar sociedades

más inclusivas. Pero, para alcanzar este objetivo, creamos políticas específicas y dirigidas a determinados colectivos (“los musulmanes”, “los inmigrantes, etc.”). El problema con esta tendencia es que la gran mayoría de esas políticas de prevención se basan en una premisa falsa: consideran que los radicalizados proceden de determinados grupos sociales cuando, en realidad, proceden de los márgenes de esos mismos grupos. Si llegamos a entender a nivel práctico lo que implica este matiz, seguramente bajará el número de política contraproducentes en este ámbito.

A modo de conclusión, estas son las tres recomendaciones para luchar contra las tres ilusiones ópticas expuestas:

- a) Adoptar un enfoque multinivel (micro, meso y macro) con el fin de evitar generalizaciones basadas en un solo nivel;
- b) Repensar el papel de la ideología en los procesos de radicalización con el objetivo de no sobrevalorar la dimensión religiosa en comparación con otras dimensiones. Esto implica un trabajo en profundidad acerca del papel de la religión tal y como la viven los individuos radicalizados y no radicalizados (fe, identidad, religión, etc.); y
- c) Distinguir entre causas y correlaciones para no generalizar medidas dirigidas a colectivos específicos bajo el pretexto de que dichos colectivos cumplen con determinadas variables observadas en los individuos radicalizados.

²⁹ Kundnani, A. (2009). Spooked ! How not to prevent violent extremism. Institute of Race Relations, Octubre 2009. <https://www.kundnani.org/wp-content/uploads/spooked.pdf>